



Errores típicos de una familia en la actualidad... y cómo corregirlos

Sicap



José Luis Castañeda Lerma

Errores típicos de una familia en la actualidad... Y cómo corregirlos

© 1998 por José Luis Castañeda
Segunda edición: 2004

© 1998 Sícap
Nogales 88
Fracc. Chapultepec
Tijuana, B.C.
Teléfono 686-15-20
civitas@icanet.com.mx
www.sicap-instituto.com

Impreso en México

Prohibida la reproducción parcial
o total por cualquier medio sin autorización
por escrito del autor

*A la felicidad de mi vida:
Vicky, Jose, Keny, Fer, Mary, Tore y Toyita*

José Luis Castañeda

Introducción:

No puedo olvidar, desde la primera vez que la leí, una frase que se le atribuye a Albert Einstein, pero como toda frase célebre puede ser o no de ese autor, sin embargo el fondo objetivo de la misma no se pone en discusión.

El contenido es el siguiente “*La perfección de medios y la confusión de metas, son –en mi opinión- lo que caracteriza a nuestra era*”, de alguna manera elegante, ha llamado mediocre a este tiempo en que vivimos, por supuesto que esto tuvo que haberse dicho antes de 1955 que fue el año de su muerte, pero lo más interesante de todo es que, tratando de ser objetivos, ¡se ha agudizado!

Procurando suavizar lo dicho, se habla en la actualidad de la era del activismo, del movimiento, de los grandes cambios; de acuerdo, pero cualquier actividad, movimiento o cambio sin finalidad alguna, pierde su sentido.

Nunca, como en la actualidad se encuentra personas que, inician actividades sin tener una finalidad a la vista y de tenerla, en ocasiones, se quedan absortos en los medios para conseguirla. Es como tener que cruzar un río y que se nos olvide su cruce porque el agua está muy agradable.

Enrique Rojas, caracteriza aún más a fondo la actualidad y pone al *consumismo*, que consiste en el tener por tener; el *hedonismo*, la búsqueda del placer como fin; el *relativismo*, donde la apreciación particular de la realidad se convierte en realidad misma y la *permissividad*, todo vale, como los indicadores propios de nuestra era.

Estos cuatro factores mencionados se convierten en un canto de sirenas, que hechizan, que adormecen y que adocenán a las personas.

En estas notas que pretenden caracterizar nuestro entorno, se desliza la persona y por ende la familia. Vivimos una infiltración, como por ósmosis, de una serie de actitudes y acciones que se meten en nuestro diario acontecer y que quizá no alcanzamos a advertir, estamos como adormecidos, permitiendo, quizá por el activismo sin sentido, que

comencemos a ver lo anormal como normal, lo malo como bueno; la línea entre el bien y el mal cada vez más diluida y tendiendo a la inexistencia.

Toda esta introducción es para atisbar solo un poco a lo que enfrentamos con ese núcleo tan nuestro y tan querido como es la familia; pareciera ser, sin ánimos paranoicos, que hay una especie de campaña para infiltrarla, destruirla o corromperla. Sabemos que la corrupción de la familia implica corrupción de la sociedad.

En ocasiones los padres actuamos sin malicia y nos dejamos llevar por modas y modelos que nada tienen que ver con lo que alguna vez pensamos que debería ser nuestra familia. A veces es falta de tiempo para detenerse a reflexionar si lo que estamos haciendo es lo correcto o no. Y en otras ocasiones es por cansancio, por arrutinamiento. El ámbito familiar es, sin lugar a dudas y con algo de sensatez, lo más querido para nosotros.

Las reflexiones que siguen, se originan en una invitación que me hicieron para hablar de cómo este entorno se mezcla hasta lo más querido de nosotros: nuestra familia. Los asistentes me preguntaron que por qué hablar de 20 errores y la respuesta inmediata fue ¡porque hubo un límite de tiempo para hacerlo! Por supuesto que se podrían hablar y escribir de muchas más acciones ineficaces que solemos permitir o propiciar en nuestra familia.

¿Por qué hablar en forma negativa mencionando errores y no aciertos? porque los aciertos los conocemos y resaltamos y, en cambio los desaciertos se tienden a olvidar, a ocultar.

Los temas no guardan un orden prioritario, simplemente se han dividido en errores de la pareja y errores ante o con los hijos. Cabe aclarar que el autor no se excluye, de estos desaciertos en su propia familia.

En cada uno de los temas, cortos, se proponen los puntos básicos que permitan al lector una guía para la reflexión, sobre lo máspreciado que tenemos: nuestra familia.

Olvidarse que el Matrimonio es un proyecto en común

Todo proyecto tiene sentido de futuro o deja de serlo.

El Matrimonio suele comenzar con exceso de sentimentalismo y proyectos diluidos. Se promete, con cierto dejo de candor, el “amarte y respetarte todos los días de mi vida” que de una forma u otra se hace ante un juez o ante un altar.

Las dos individualidades que se unen en matrimonio, se conjuntan para un proyecto. Posiblemente no se tiene este objetivo de alguna manera explícito, pero en el fondo, es hacer de dos uno solo tirando hacia el mismo lado.

No puede hablarse, con el paso del tiempo, de tu familia y mi familia, lo tuyo y lo mío forman un solo nosotros y generan un nuestro.

Una pregunta que genera un poco de escozor es la siguiente: ¿Con que finalidad te has casado?, hazte un reto y pregúntale a las parejas que conforman tu círculo de amigos, no te sorprendas con las respuestas o con la cara de fastidio de alguno. Lo más interesante, será, sin lugar a dudas aquello que se respondan tu mujer y tú. ¿Coinciden?

En los tratados de antropología clásicos se habla de “*ayuda mutua, procreación y educación de los hijos*” como la finalidad de todo matrimonio. Y de esto se desprenden varias cosas interesantes: ¿qué significado tiene la ayuda mutua? ¿Qué tipo de educación quieren para sus hijos? Quizá sea, desde estas respuestas, donde deba comenzar el proyecto.

Dentro de la *ayuda mutua* surge la importancia de colaborar a la realización de la pareja. No se refiere al término *realización* equiparándolo, como se hace tan comúnmente en la actualidad, a emancipación. Se refiere a la ayuda que tienen que darse ambos para cumplir su vocación como personas, esto es a perfeccionarse como seres humanos.

Ambos, como individualidades, poseen un patrimonio de defectos y

virtudes como cualquiera otra persona y la realización de cada uno, debería consistir en colaborar que el porcentaje de virtudes sea mayor que el de defectos. El convivir diariamente hace patente lo que es la otra persona.

La ayuda mutua consiste entonces en hacer más persona a la pareja. Tolerándola con todo y sus defectos, pero ayudando a superarlos, con amor, constancia y ... mucha mano izquierda. No hay peor cosa que el indiferentismo, que aunque se hablará de ello más adelante, es dejarse de preocupar el uno por el otro, incluyendo detalles sencillos.

Se afirma que para el crecimiento de una persona se requiere: autoconocimiento, autocrítica y...¡tiempo!

El matrimonio es un proceso de conocimiento mutuo que no termina ¡si conocerse uno mismo es tan difícil! Pero para eso se está allí, para ayudarse en ese autoconocimiento que lleva al verdadero crecimiento.

La crítica surge fácil al ver los errores ajenos, sin embargo en el matrimonio conforme se va encontrando lo criticable de la pareja, se debe decir con amor, nunca enfrente de los demás porque sabemos que es doloroso y que hierde el orgullo de cualquiera, cerrando cualquier tipo de apertura al cambio Ayudar a conocer a la pareja no es privativo de uno solo de ellos, ninguno debe convertirse en una entidad fiscalizadora de los defectos del otro.

Justamente aparece el punto de la autocrítica, que permite analizar si lo que la pareja está comunicando o tratando de decirnos, es real o ficticio...aunque aquí habría que meter un poco de objetividad y sobre todo humildad, para reconocer lo que tengan de verdadero los comentarios que se hagan.

Quizá para entender esta ayuda mutua de una manera más clara, valga la pena recordar lo que Erich Fromm, retomando a Aristóteles, nos dice con respecto al amor: “darle al otro lo que le convenga al otro”

“Apenas si es necesario destacar el hecho de que la capacidad de amar como acto de dar depende del desarrollo caracterológico de la persona. Presupone el logro de una orientación predominantemente productiva, en la que la persona ha superado la dependencia, la omnipotencia

narcisista, el deseo de explotar a los demás, o de acumular, y ha adquirido fe en sus propios poderes humanos y coraje para confiar en su capacidad para alcanzar el logro de sus fines. En la misma medida en que carece de tales cualidades, tiene miedo de darse, y, por tanto, de amar”

Además del elemento de dar, el carácter activo del amor se vuelve evidente en el hecho de que implica ciertos elementos básicos, comunes a todas las formas del amor. Esos elementos son: cuidado, responsabilidad, respeto y conocimiento.

El amor es la preocupación activa por la vida y el crecimiento de lo que amamos. Es el ingrediente necesario en la búsqueda del fin común.

La búsqueda del fin común, hace que ningún miembro de la pareja esté ajeno a lo que sucede en la familia, los problemas se resuelven de mutuo acuerdo y por supuesto que es el inicio del hacer familia.

“Durante nuestro caminar terreno, el dolor es la piedra de toque del amor. En el estado matrimonial, considerando las cosas de una manera descriptiva, podríamos afirmar que hay anverso y reverso. De una parte la alegría de saberse queridos, la ilusión por edificar y sacar adelante un hogar, el amor conyugal, el consuelo de ver crecer a los hijos. De otra, dolores y contrariedades, el transcurso del tiempo que consume los cuerpos y amenaza con agriar los caracteres, la aparente monotonía de los días aparentemente siempre iguales”

El matrimonio vocación cristiana No.24
Josemaría Escrivá

Acostumbrarse a ver el divorcio como opción

Se hablaba en la introducción de cierto adormecimiento ante las costumbres y modas que nos rodean. Entre esas costumbres – algún autor le ha llamado *plaga social*- está la de oír con más frecuencia el término divorcio como una opción al alcance de todos.

Las rupturas matrimoniales están por todos lados. Más de alguno comenta que está de moda, sin embargo, en un matrimonio realmente querido – y recordemos que en el momento en que se efectúa estamos hablando de exclusividad y perpetuidad- en el que entran en juego dos voluntades para hacer un solo proyecto, se comprometen y responsabilizan de lo que están afirmando. Matrimonio sin compromiso y sin responsabilidad, pierde su esencia.

Aunque suene pesimista, meterse en la saga matrimonial, podría representarse de una manera gráfica como el entrar en un túnel que solo tiene salida al final del mismo.

Cuando nos atrevemos a cruzar ese túnel, sabemos que no tenemos más remedio que llegar hasta el final, que no hay salidas extras, que el único objetivo es la luz que se contempla al fondo. De haber una salida extra, estaríamos dispuestos a usarla, en cualquier momento de cansancio o al perder el interés de buscar esa única salida.

El símil, aunque oscuro, es parecido al matrimonio. En el inicio dos voluntades, están dispuestas a todo –en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y la pobreza y a amarse y respetarse todos los días de su vida- al hablar de *todos los días*, no se hace ningún tipo de excepción. Es difícil encontrar a personas que estén haciendo restricciones mentales en el momento de semejantes promesas, a menos de que haya dolo, malicia o inmadurez.

Algunos modelos que se nos presentan -y quizá se recuerde a una pareja muy famosa que antes de casarse se puso a analizar lo que sucedería desde el punto de vista económico si llegaran a divorciarse- no tienen en su vivir las dos cualidades explicadas anteriormente: compromiso y responsabilidad.

Compromiso por el otro, porque se comienza juntos algo que apenas se vislumbra, y cuyas dificultades ni siquiera se intuyen. Responsabilidad, habilidad de responder, por mis propios actos y por la elección que hice.

Nadie en su sano juicio se casa pensando que todo será miel sobre hojuelas, parte de la base de que se comienza un camino desconocido y que justamente por eso, aparecerán obstáculos que sortear. Al enamoramiento es parte de la energía que se requiere para este tipo de comienzos.

Quien tiene el divorcio como opción es muy probable que lo use. No cabe duda que dentro del matrimonio surgirán graves dificultades que nos permitan voltear hacia esa posibilidad, pero cuando ni siquiera se permite como pensamiento, se lucha por recomponer las cosas; se perdona porque se ama; toman su verdadera dimensión que siempre es mínima- cualquier tipo de roces.

No se trata de pensar de manera pesimista, “*no me queda más remedio que seguir contigo*” sino, “porque me comprometí hasta el final contigo, no me queda más remedio que luchar por construir este amor”.

Hay personas y canciones que hablan de que el “amor acaba” y en el fondo hay una doble realidad. Primero porque todo aquello que no se cultiva termina por marchitarse y segunda porque se parte de la base falsa, de que el verdadero amor es equiparable al enamoramiento.

El cultivo del amor, hace que éste se riegue, se pade lo podable, se arregle lo arreglable y esto es a base de estar al pendiente del ser que se ama. Si se está al cuidado exclusivamente de lo que me pasa a mí, el amor entre dos se convierte en egoísmo acompañado.

Se oyen en ocasiones comentarios como el siguiente “mis hijos ya tienen edad para entender mi divorcio”, sin embargo a cualquier persona, aún adulta, que se enfrenta con la separación de sus padres, termina por afectarle.

Cuando hay divorcio, hay daños. Y entre más indefenso se esté, estos son mayores. Los hijos *ping-pong*, que van de un lado para otro, resentien en la formación de su afectividad el egoísmo del divorcio.

El divorcio en esencia es demostrar que el compromiso no forma parte de los valores personales.

¿Qué habrá situaciones difíciles? ¡por supuesto que sí, ¿momentos para tirar la toalla? ¡también! pero recordemos que al momento de comprometerse, todos estas peripecias, por llamarlas de algún modo, se alcanzaban a contemplar y a pesar de su predicción se dio un si y para toda la vida, esto significa dar la palabra, esto significa: comprometerse.

Pensar que “tener” es el principal objetivo

Es muy natural querer compararse con otras personas o familias y en ocasiones esta comparación recae, por ser lo más fácil, en lo que tienen los demás: que si los vecinos tienen un auto nuevo, que si les trajeron muebles, que si van a determinada escuela, que si usan cierta marca de ropa etc.

Da la impresión que el tener se convierte en finalidad, y dentro del consumismo que nos rodea, termina por reafirmarse.

Surge entonces la angustia por no tener, que nos desenfoca de aspectos más importantes dentro de nuestra vida. Por no tener surgen las ausencias de padres dentro de la familia que se dedican a buscar un bienestar, muchas veces por encima de sus posibilidades y por cierta tendencia a la imitación.

Muchas parejas limitan el procrear o lo posponen, con argumentos en los que destaca el tener una serie de enseres –refrigerador, auto, viajes, comodidad- antes de comprometerse a dar vida, que debemos de recordar que forma parte esencial del fin matrimonial.

Afirma un viejo refrán: “*se tiene lo que se deba, aunque se deba lo que se tiene*”, esto descarta cualquier posibilidad de encuadrar lo que se viene diciendo, dentro de un cierto conformismo para la pareja y su bienestar.

Hay que recordar que estamos bombardeados por creadores de aparentes necesidades –marketing- pero en la práctica de esta sobriedad familiar de la que estamos hablando, se debería preguntar y responder con honestidad a la siguiente cuestión: eso que estoy por comprar: ¿lo quiero o lo necesito?

Se nos puede antojar hasta lo más inverosímil y hasta tener un sentimiento de culpa cuando no se compre, pero ¿cuántas cosas innecesarias existen en cada una de nuestras casas, como resultado de un simple querer o antojo?

Necesitar es otra cosa, significa buscar para que haya una convivencia

más agradable dentro de la familia.

Recordemos por ejemplo que los adolescentes – y alguno que otro adulto- son víctimas de las modas pasajeras que terminan, subjetivamente por supuesto, convirtiendo un querer en necesidad.

En años anteriores se pusieron de moda los “patines de diablo” y para algunos padres de familia se convirtieron en una necesidad ante la moda surgida, ahora abarcan espacio en cocheras o en patios llenos de herrumbre, porque...pasaron de moda.

Hay que descubrir ante la moda y ante tantas “necesidades aparentes” que aquello que es necesario para una familia, no necesariamente lo es para todas. Por ejemplo, una lavavajillas en una familia numerosa es algo necesario, en otras será solamente una comodidad. En ocasiones se compran aparatos electrónicos de los cuales no se le saca jugo ni el cincuenta por ciento, pero cuando sale uno nuevo ...¡queremos ese!

La austeridad genera disciplina en la familia, se cuidan y se aprecian más las cosas. Se deja de valorar tanto lo material y surge lo que realmente vale.

Hay proliferación de libros en los que se nos dice que para tener, se requiere una multitud de actividades, esto es *hacer*. Pero para hacer se requiere también una multitud de cambios en la conducta: esto es *ser*.

Si quiero comprar una casa (tener en este caso algo necesario) tengo que trabajar mejor, cambiar hábitos para poder ahorrar o privarme de alguno que otro caprichito, desarrollar mi capacidad creativa, disciplinarse un poco, etc. (todo esto es hacer). En ese trabajar mejor, tengo que cambiar algunas actitudes, aprender a exigirme para ahorrar, buscar cierta sobriedad general etc. Todo esto último que me ayudará necesariamente a la compra de una casa esta en el ámbito de *ser* mejores.

Hay maneras de llegar a tener utilizando medios poco válidos. Pero tener cambiando actitudes (ser más) es el único y verdadero camino hacia cierto confort.

Decíamos al principio que la angustia por no *tener*...nos desenfoca del camino del *ser*, que es lo verdaderamente importante, y que en esa

búsqueda por la madurez personal, de la pareja y de los hijos radica el verdadero patrimonio o legado que realmente merece la pena dejarles.

“Lo que los hijos y las hijas buscan en su padre o en su madre no son sólo unos conocimientos más amplios que los suyos o unos consejos más o menos acertados, sino algo de mayor categoría: un testimonio de del valor y del sentido de la vida encarnado en una existencia concreta, confirmado en las diversas circunstancias y situaciones que se suceden a lo largo de los años”

El matrimonio vocación cristiana No. 28
Josemaría Escrivá

Permitir que se comience a dar la indiferencia personal y olvidarse de la ayuda mutua

El paso del tiempo es desgastante para todos y para todo, por supuesto que para el amor conyugal también, si no se tiene el suficiente cuidado.

La rutina es la ruina de toda relación. En el matrimonio poco a poco se va conociendo a la persona tal como es. El enamoramiento inicial – deslumbramiento – cede paso al conocimiento de la pareja en la mayoría de los casos. Hay gente que comenta ¡no tienes una idea como ha cambiado desde que nos casamos!, habría que recordarles quizá que la frase debería de ser ¡no tienes idea de cómo he profundizado en el conocimiento de mi pareja desde que nos casamos! La ceremonia en sí misma del matrimonio, no cambia a nadie.

En la conquista inicial del ser amado se usan armas para deslumbrar – enamorar- esto lo vemos también en los mismos animales en épocas de apareamiento. En esta conquista hay detalles, hay cortesía, hay sana preocupación del uno por el otro.

Después de la conquista viene guardar algunas de las armas que se usaron, no por malicia, sino por rutina y cansancio. Curiosamente es el momento de mantener lo conquistado, de defenderlo y de hacerlo crecer.

Hay hábitos que se meten de una manera casi inadvertida y de los cuales se debe estar muy pendiente, entre ellos está la indiferencia. Comienza por dejarse de preocupar por detalles de la pareja: en su forma de ser, en su manera de vestir, en detalles de cortesía, en sus intereses, en sus preocupaciones etc. Se les deja de dar importancia olvidando que el amor se entreteje justamente con este tipo de detalles que dejamos pasar inadvertidos.

A veces, inocentemente, pensamos ¡ya se dará cuenta!, pero no basta, hay que utilizar mano izquierda y ayudar a que el amor, que es una virtud o un arte como lo denominan algunos, crezca y no se deteriore. El hacer crecer –ayudar a madurar- a la otra persona es parte de la ayuda

mutua de la que se habla en las finalidades del matrimonio.

Cuando se habla del amor como virtud, al igual que todas las virtudes, requiere voluntad y esfuerzo para que crezca, requiere práctica, requiere conocimiento requiere día a día, *todos* los días.

Nada puede ser indiferente para las personas que aman, ni aún en los detalles más insignificantes. ¿Arduo, difícil? de acuerdo, pero recompensante. Recordemos, para terminar, esta parte de un verso clásico español:

Corazón que no quiera
sufrir dolores,
pase la vida libre
de amores.
¡Ay vida mía libre de amores!

Y como dice Enrique Rojas: “la vida está en los detalles menudos que facilitan y alegran la convivencia”. Detalles como la cortesía, agradar a la pareja con los alimentos que más le gustan, cuidar los detalles del vestir a la hora de salir, estar al pendiente de las necesidades del otro, trato adecuado a la familia política, orden en la casa, respeto por los ratos de independencia tan necesarios, etc. Esta lista se podría ir ampliando con lo que cada pareja puede descubrir.

No entender que para que haya un “nosotros” existe un “tú” y “yo”

Hay una verdad que, por ser tan evidente, pasa inadvertida, las parejas se conforman de dos individualidades, de dos seres que son únicos e irrepetibles y que aunque la entrega y donación que se hacen en el matrimonio los convierta en uno, siguen siendo cada quién con su respectiva unicidad.

El objetivo común hace un nosotros, pero el nosotros se conforma de un **tú** y un **yo**.

Cada individuo carga con su propia personalidad y parte del respeto, del que se habla en el momento de contraer nupcias, también implica el respeto por esa personalidad tan diferente de la propia.

Cada individuo carga también con sus propias habilidades, aptitudes, virtudes y vicios que forman parte de su personalidad, no hay, valga la redundancia, dos individuos iguales. Y esto, que es parte de la naturaleza, se debe tomar en cuenta.

No se vale tratar de asfixiar la personalidad de la otra persona y convertirla en el modelo que alguna vez se soñó. La ayuda mutua consistiría entonces en buscar hacer de la pareja un prototipo idealizado, y por no tomar en cuenta su individualidad y en lugar de enriquecerlo se le empobrecería.

El amor requiere de oxígeno, de momentos de reflexión, momentos de soledad, momentos en los que cada cual se airee un poco con sus aficiones y gustos. La vida debe permitir que haya ratos de ejercicio de individualidad. Sin miedo de ningún tipo porque este respeto de la individualidad termina por reforzar el amor, porque se mantiene el viento de la libertad responsable con lo que se ayuda a madurar a la pareja.

Recordemos el poema de A. Gala

En el amor la ausencia
es lo mismo que el aire:
apaga el fuego chico
y aviva el grande.

Solo las parejas en las que la desconfianza enfermiza ha hecho sus reales, se encuentra esta incomprensión celosa del respeto a la individualidad.

En la literatura actual se menciona la palabra sinergia, que en términos llanos quiere decir que la suma de las partes puede siempre ser mayor al todo, o en otras palabras que dos más dos pueden dar cinco o seis o más. Se requieren matrimonio sinérgicos en los que las individualidades juntas puedan alcanzar objetivos insospechados, porque cada quién aporta lo mejor de sí mismo enriqueciendo insospechadamente la relación de pareja.

Pensar que la maduración de un matrimonio se da por automático

Dentro del “ser práctico” tan frecuente en la actualidad, recuerdo una pequeña anécdota de un conocido mío: me preguntaba en ocasiones, ¿qué es mejor un amor afectivo o un amor efectivo?

Para él un amor efectivo era estar pendiente de las necesidades de la pareja, por ejemplo, si ella quería ir al cine, llevarla, pero si ella le pedía que pusiera cara de contento, entonces el afirmaba “querías venir al cine no que disfrutara de la película”. El cumplía y eso era efectividad.

Por otro lado estaba lo que el llamaba amor afectivo, que se le hacía poco práctico y dentro del mismo ejemplo estaba el disfrutar con su pareja de la película.

Comentaba, con cierta ironía, que el valoraba más el amor efectivo que el afectivo. Cuando en cierta ocasión se le dijo que el amor era una combinación de cabeza, corazón y espiritualidad, su dicotomía desapareció.

En la relación de la pareja se pasa del tangible enamoramiento a un amor que va madurando. Del sentimiento a la inteligencia, del sentir el agrado de recibir por el mayor agrado del dar.

El enamoramiento que es tan fuerte en sus comienzos, que nos roba el alma, impide por la subjetividad tan natural del mismo –como se afirmaba más arriba- que se tenga un conocimiento de la pareja a fondo. No basta casarse y tener una familia, no, lo importante es Hacer Familia.

Esto último, el hacer familia, es un proceso dinámico, que requiere de nuestra inteligencia, de nuestra voluntad y de nuestros sentimientos. No se va dando de manera automática, hay que corregir rumbos, hay que retroalimentar para ver si se está llegando a lo que se quería para poder rectificar en caso de ser necesario.

Descubrir el fardo de imperfecciones con el que llega cada uno de los

cónyuges al matrimonio y a pesar de esto seguir amando a la persona con todo y sus defectos, aunque no se amen los defectos por sí mismos.

Esto que se oye muy agradable en ocasiones es difícil de entender. Una madre con un hijo drogadicto, lo amará igual o más si es posible, le ayudará, le demostrará afecto, guardará un sitio en su corazón especial, esto es amar a la persona. Pero es misma madre posiblemente pertenezca a alguna asociación para la erradicación de enervantes, o pone los medios para que su hijo no esté en ese estado, porque odia el verlo encadenado a este tipo de cosas. Ama a la persona, pero no sus defectos.

Igual sucede en el matrimonio, conforme pasa el tiempo, se va conociendo a la pareja, habrá que pasar por alto algunas de sus imperfecciones y con mucha mano izquierda hacerlas notar. Recordemos, como se afirmaba anteriormente, que el amor se cultiva, se poda, se riega. Dice un proverbio chino: si quieres planear para un año, siembra arroz, si quieres planear para diez años, planta un árbol; si quieres planear para toda la vida educa y forma a las personas. Aquí hay que incluir a la familia, que a pesar de la plaga de las familias disfuncionales, el matrimonio es para siempre...incluyendo la lucha continua para que crezca.

El uso de vocabulario intolerante

El querer estallar, el estar “hasta las narices”, el desear aventar todo por la borda, son sentimientos comunes en el ser humano, quienes más quienes menos. Y en pareja obviamente pueden multiplicarse por dos.

La comunicación es un tema que ha adquirido mayor valoración, pero quizá dentro de este tópico el saber escuchar se ha convertido en algo esencial. En ocasiones la pareja se oye, pero no se escucha.

Otro factor al que se le ha dado verdadero realce es al lenguaje no-verbal, a lo que decimos sin decir nada y al que se debe estar muy atento para descubrir en ocasiones las borrascas antes de que comiencen.

Dentro de esta comunicación que debe existir en la pareja existen una serie de palabras que terminan por cerrarla, se le llama “vocabulario intolerante” y al que se le puede añadir también el epíteto de subjetivo y en ocasiones dogmático.

Entre estas palabras podemos citar algunas: nunca, siempre, por qué eres así, jamás, imposible.

Todas cargan una alta dosis de intolerancia y subjetividad y que suelen decirse sin pensar, pero suelen lastimar en ocasiones a las personas que las oye y más aún si se repiten con cierta frecuencia.

¡Nunca me haces caso!, ¡Jamás te preocupas por nuestras necesidades!
¡Es imposible que cambies, así eres! ¡Siempre estás buscando herirme!,
son algunos ejemplos entre muchos de sus posibles aplicaciones.

Alguien se ha atrevido a afirmar que son los truenos de una tempestad y que si se tiene un poco de sentido común lo mejor sería guarnecerse del temporal. No hay que perder de vista, que el silencio, en ocasiones, ante las agresiones puede ser una buena solución.

Se debe entender que este tipo de lenguaje es “la punta del iceberg”. Cuando hay amor se debe tratar de profundizar un poco y ver que hay en el fondo de todo esto. Un ¡siempre llegas tarde! puede ser el reflejo de cansancio y en el fondo una petición de ayuda. Un ¡nunca tienes la casa ordenada! puede querer decir agotamiento o alguna frustración que

se trae desde el exterior.

Los rayos requieren, si no se quiere que hagan daño, un buen pararrayos, que termina por neutralizar los posibles efectos devastadores. El pararrayos en la pareja suele ser quien tiene más cordura, paciencia y fortaleza. En ocasiones ¡hasta es importante dejar que el desahogo surja!

Recordemos, para que quede un poco de tranquilidad, que las palabras intolerantes tienen una alta carga subjetiva, esto es que son poco realistas.

Evitar los desacuerdos enfrente de los hijos

Sí, de acuerdo, el matrimonio es un proyecto en común, pero en ese camino pueden surgir muchas alternativas para seguir dentro de él.

Inclusive siguiendo con el símil, en ocasiones es posible que alguien se quede rezagado o que de repente pierda de vista el mismo objetivo. El retomar el rumbo seguramente originará alguno que otro desacuerdo, pero estos deben resolverlos la pareja en primer término.

Cuando los hijos, “esos jueces silenciosos” como los llamó algún autor, presencian los desacuerdos fuertes, terminan por tomar partido. Lo contemplan todo, lo analizan desde su perspectiva, enjuician y hasta pueden llegar a guardar resentimientos contra alguno de los padres.

Hay desacuerdos porque hay cariño. Hay desacuerdos porque la pareja se importa uno al otro. Normalmente éstos son intrascendencias del roce diario y que los padres terminan por arreglar entre ellos, muchas veces con la puerta de su habitación cerrada. Las reconciliaciones en ocasiones los hijos, que fueron testigos de las desavenencias, no terminan por contemplarlas, y sus juicios y resentimientos permanecen.

Entonces, recordemos aquella pregunta tan lógica ¿para que enojarte si terminarás por reconciliarte con lo que más quieres?

¿Por qué hacer pasar un mal rato a los hijos si al final de cuentas seguirás adelante tras tu proyecto familiar?

Si, las discusiones tendrán que surgir, porque en ocasiones las percepciones de una misma cosa pueden ser diferentes. Pero lo que dice el sentido común es que se arreglen entre los involucrados sin meter a nadie más.

Cualquiera resiente un conflicto aunque no esté involucrado en él. Algunas ocasiones se siente lo que se denomina “pena ajena” al ver discutir a alguien. Los hijos por el cariño tan natural que sienten por sus padres lo resienten aún más y lo peor, es que terminan por tomar partido por alguno de los dos.

El sentimiento que se les produce no termina tan rápido como sucede en las parejas, los hijos en ocasiones no alcanzan a ver si ha habido reconciliación o no.

Otro de los miedos que surgen en los hijos es por la falla tan común de que cuando alguien se enoja, se enoja con todo lo que le rodea. Por supuesto que es injusto, hay que aprenderse a no enojar, pero dado el caso, saberse enojar con la persona indicada y con nadie más.

Si por alguna razón, surgiera un exabrupto entre la pareja, con los hijos como testigos, corresponde a los padres reconocer su parte de culpa y hablar con ellos. Normalmente se sugiere en estos casos hablar bien de la pareja y reconocer la parte de culpa personal.

Adelgazamiento de la línea que distingue lo bueno de lo malo

Sin ser sensacionalistas, hay que reconocer que estamos metidos en un mundo cada vez más materialista.

Los valores pierden peso de tanto usar su nomenclatura. Sin embargo siguen siendo esenciales para una convivencia en la que cada vez da la impresión de que no son tan necesarios.

En la actualidad se habla de una ética de mayorías. Surge el complejo de gremio, en el sentido que si hacemos algo que no es conveniente, surge de inmediato la respuesta “es que todo mundo lo hace, está de moda” sin trascender ni un ápice más.

Hablar de bondad o maldad de cualquier acto tiene una honda relación con las finalidades objetivas. Por ejemplo: si intento barrer con un balón, cualquiera persona que me observara y le dijera lo que pretendo, me comentaría de inmediato que estoy mal. Si lo que pretendo es barrer, lo que requiero es de una escoba. Si pretendo volar a Canadá desde Centro América y tomo un avión para Brasil, una vez que identifiqué el fin, si alguien se enterara seguramente argumentaría que estoy obrando mal.

Hay gente que pretende borrar o eliminar la categoría de bueno o malo, son las personas que han perdido el rumbo en las finalidades. Mientras exista el ansia y deseo de felicidad, ésta seguirá siendo el fin objetivo para toda persona. Lo interesante es no confundir felicidad con placer, ni con el simple hecho de estar contento.

Lo bueno y lo malo siguen existiendo en el corazón de todo ser humano. En la quietud, y en la autocrítica personal, se reflexiona sobre la maldad o bondad de los actos que hacemos. Sin embargo “los baffles o bocinas de la vida” los traemos a un volumen tan alto que nos impide este tipo de reflexiones.

Ante la pregunta ¿qué es lo que quiero hacer de mi vida? hay una desbandada general de las personas que no quieren responderla. La pregunta tiene sentido de finalidad, y la respuesta nos acercaría a

encontrar aquello que nos aproxima a lo que queremos (bueno) y nos descubriría aquellos que nos aleja (malo).

Cuando la respuesta es Dios, como lo marcan las religiones judeocristianas, entonces la bondad o maldad quedan marcadas por los diez mandamientos. Algunos los toman como prohibiciones y otros como señalamientos para no abandonar el camino de esta finalidad.

La búsqueda del placer por el placer –hedonismo- y la contemplación de la realidad como cada quien la quiera ver –relativismo- hace que lo bueno y lo malo no quede determinado por finalidades, sino por el placer que producen, por las sensaciones de agrado y en ocasiones por lo que dicte la mayoría. Es entonces cuando la línea entre lo bueno y lo malo se adelgaza o desaparece, creando una confusión en las conciencias que hace que las personas pierdan seguridad.

En las familias que se toman en serio, la educación en los principios éticos forma una parte de sus objetivos educativos. Los esposos conocen la finalidad del matrimonio – el bien del cónyuge y la procreación y educación de los hijos- y saben con seguridad qué los aleja y qué los acerca a esa finalidad que recordemos que es “exclusiva y perpetua”. Desde esta perspectiva, lo bueno y lo malo quedan perfectamente definidos.

Falta de identificación objetiva de una finalidad para la familia... contando con la libertad de sus miembros

A la pregunta ¿qué es lo que quieres para tus hijos? resulta una respuesta convergente, aunque, en ocasiones, con diferentes términos: que sean hombres de bien. Buena respuesta, pero muy general, muy amplia, ¡demasiado amplia!

Para algunos ser hombres de bien significa tener éxito en los negocios, para otros en los estudios, para pocos que sean íntegros. Integridad reflejada en el desarrollo de su inteligencia, voluntad, sentimientos y espiritualidad.

La educación de los hijos es parte del proyecto en común de una pareja, sin embargo en ocasiones se limita a buscar una buena escuela y una larga lista de actividades extraescolares, que los padres han determinado adecuadas para el desarrollo de sus hijos en ocasiones sin siquiera tomar en cuenta las habilidades de cada uno, olvidando su individualidad.

Sin embargo se olvida: lo que se debe buscar es la madurez de cada hijo. Sin meterse a enredos filosóficos-antropológicos, madurez se podría definir como la suma de las cualidades humanas –virtudes- que todo ser humano debe tener: sinceridad, sencillez, autenticidad, tolerancia, paciencia, justicia, fortaleza, generosidad, objetividad, lealtad, pudor, respeto etc.

Esta larga y a la vez corta serie de virtudes que se mencionan, tienen en común que cualquier ser humano puede y debe alcanzarlas.

Muchas escuelas en la moda de la enseñanza de los valores, ponen a estos como ventaja competitiva, está bien, pero el verdadero aprendizaje es por modelaje. Para fortuna o desgracia los modelos que los hijos contemplan con mayor intensidad son los propios padres y su manera de actuar ante la vida. La escuela se dirige en la enseñanza de los valores a su aspecto teórico y lo que se ve en el hogar va al aspecto práctico.

Educar en las virtudes humanas por medio de la vivencia en la familia es un objetivo que debe preocupar y que incide directamente en la

misma pareja.

La escuela nunca puede ser sustituta de esta enseñanza, sino complemento.

Decíamos más arriba que los hijos repiten los patrones de conducta que viven en su casa. Cuando se habla como parte del proyecto común de los padres del bien de los esposos, no se refiere, aunque lo incluye, únicamente al bienestar familiar, sino también y en primerísimo lugar a ayudar a que el cónyuge madure. Pero no debe convertirse en una acción fiscalizadora por parte de uno, sino en ayuda mutua por parte de ambos.

Ayudar a madurar a toda la familia es un proyecto largo, exigente y que exige mucha congruencia por parte de los padres.

Miedo a poner reglas y a la disciplina

Seguramente que a ningún padre de familia con algo de sensatez, ni en su peor pesadilla siquiera, se le ha ocurrido pensar que está formando y educando hijos para el montón, para la mediocridad, hijos y familia veleta.

Sin embargo uno de los medios para evitar lo anterior, pareciera que está en desuso, fuera de moda, inclusive hasta puede dar un poco de escalofríos la palabra que lo describe y ésta se llama disciplina.

Dejando los términos etimológicos, Aristóteles la definía de una manera sucinta y bastante entendible: “sujetar los deseos a la razón” que puede simplificarse aún más: “hacer lo que se tiene que hacer cuando se tiene que hacer”.

En la primera formación que se les brinda a los hijos, a veces, por un cariño mal entendido se les permite hacer prácticamente de todo. No hay horarios para levantarse, para dormirse, para recoger el cuarto, para bañarse, para hacer las tareas etc. Les permitimos que estén a merced de sus deseos. Es, sin embargo, en la primera infancia que se debe inducir esta virtud tan importante para el logro de cualquier objetivo.

Son los padres de familia, en ocasiones, los más indisciplinados de la casa y el modelo cunde con rapidez. En la primera infancia los niños no alcanzan a entender por qué hay que hacer una serie de cosas, cuando lo más importante para ellos es el sentido del presente, pero si no se pone cuidado a exigir desde temprano el cumplimiento del deber, nos encontraremos en el futuro, metas y objetivos truncados. La disciplina y el disciplinar requieren constancia y en ocasiones por cansancio los padres ceden ante cosas que no se debe de ceder.

El hogar debe tener ciertas reglas para que haya un funcionamiento adecuado. Algunas son básicas: la hora de levantarse y de acostarse, un horario adecuado en la hora de tomar los alimentos; la hora y el lugar para ponerse a estudiar; horario para el uso de la televisión y definir los programas que pueden verse o no de acuerdo al proyecto familiar; horario para el uso del internet, etc.

Vuelvo a insistir que para que estas y otras reglas se pongan en práctica

es necesaria la constancia y exigencia por parte de los padres de familia. Por supuesto que a cualquier hijo se le pueden hacer fastidiosas este tipo de regulaciones, pero la disciplina es formadora de hábitos que en el futuro servirán para que los hijos no caigan en la mediocridad.

Alguien de manera divertida decía de la disciplina lo siguiente: “hacer lo que no quiero, para conseguir lo que quiero, al final se consigue lo que quiero haciendo lo que ahora si quiero”. Toda buena meta contiene una buena dosis de renuncia, si no pregúntale a cualquier deportista o profesionalista exitoso.

La disciplina fortalece la voluntad, es hacer condición para las grandes cosas. Es parte del antídoto ante la hola de hedonismo y relativismo que envuelve como por ósmosis y que termina por hacer a la persona víctima de cualquier mediocridad.

Carpe diem!

En la película famosa de la “sociedad de los poetas muertos” el profesor, caracterizado por Robert Williams, les decía a sus alumnos con singular alegría, hasta que llegara convertirse en un lema de vida, la famosa frase de Horacio con la que inicia este capítulo: “disfruta el día” “aprovecha el momento”.

Quizá para algunos, sin saberlo, el Carpe Diem! se ha convertido en plan de vida. Aprovechar el momento, disfrutar de la vida es correcto, siempre y cuando ese aprovechamiento o disfrute tengan cierto sentido de futuro.

Aprovechar el momento, poner los cinco sentidos en lo que se está viviendo, es lo que debe de hacerse si lo que se hace es lo que se debe. El deber, tiene siempre un gran sentido del futuro.

Esta frase tan común en algunas vidas, dio origen a la escuela hedonista, en la que cuerpo es lo único que importa, el espíritu se diluye. Ahora vemos nuevamente que hay una especie de “corpolatría”, dietas, gimnasios, el tener afinados los órganos sexuales, masajes reductores etc. Que no esta mal cuidar el organismo, para una salud adecuada, pero no para tenerlo aparentemente como objeto de comercio. ¡Que no, que los seres humanos somos más que simple biología o cuerpo!

Es un grave error confundir el placer con la felicidad, el primero es momentáneo, en ocasiones inmaduro. La felicidad en cambio, no es nada parcial ni momentánea, es algo permanente y que afecta la totalidad de la personalidad.

Hay que enseñar a la familia que hay más felicidad en esperar bienes futuros, que el hastío de tenerlos todos ya, si es que esto fuera posible. Cuando no hay por qué esperar, sino solo gozar, del futuro ya no se puede esperar nada, sino esperar la pura infelicidad.

A los hijos los lanzamos también a una vida profesional en la que se van a topar con proyectos que deben esperar, con futuros que se deben de construir y en ambos casos la disciplina “sujeción de los deseos a la razón” será necesaria si se busca el éxito.

El “aprovecha el momento” sin sentido del futuro es uno de los generadores de madres solteras más fuertes que hay en la actualidad. El placer es ahora y excluye la esperanza.

A un pequeño si se le presenta el dilema siguiente: ¿qué prefieres un chocolate ahora o una caja de ellos mañana? la respuesta será casi siempre “el chocolate ahora”. Quien escoge la caja, prolonga su expectación, con la felicidad que acompaña a esta espera. Los caprichos de los niños son, en la mayoría de los casos, porque quieren vivir “todo en ese instante”. Desafortunadamente también nos encontramos la inmadurez del pequeño en adultos, que hacen berrinche, que no han entendido la felicidad que implica el “paga ahora y juega después” porque quieren jugar ahora...y de ser posible no pagar nada.

Lo dijimos anteriormente ¡como hace falta la estatua de la responsabilidad junto a la de la libertad!

Respeto a la libertad de los hijos...

Cuando los hijos comienzan su vuelo a realizar su propia vida, para algunos padres de familia resulta angustiante. Los primero permisos, ponen nerviosos a cualquiera. Si existe aprensividad en alguno de la pareja el resultado será un buen insomnio.

Entonces debería quedar el uso de un buen somnífero que se llama “haber educado a los hijos para la libertad”, qué cuando la educación en las virtudes se ha llevado a efecto no queda más remedio que confiar en ello.

Víctor Frankl, con un dejo de ironía, comentaba que así cómo se construyó en la costa este de los Estados Unidos la estatua de la libertad, se debería erigir –quizá de más tamaño y esto es del autor- una estatua a la responsabilidad. Ambas, responsabilidad y libertad –en ese orden- debe ser un binomio inseparable en la formación de los hijos. La libertad se gana de una manera gradual de acuerdo a la responsabilidad de cada miembro de la familia.

El ejercicio de la libertad no consiste en saber escoger entre lo bueno y lo malo, que es muy pobre y que da una probabilidad muy alta de que se escoja lo malo, sino entre las mejores opciones saber escoger lo mejor.

En épocas en las que hay que ir a contracorriente, es importante que los hijos comiencen a entender que lo más agradable para los sentidos, no es, necesariamente lo mejor.

La libertad se va tejiendo con el hilo de la responsabilidad. La responsabilidad se va adquiriendo cuando se va permitiendo que los hijos crezcan en su autonomía. Hay un símil que alguna vez me comentaron. Cuando un hijo adolescente comienza a salir por las noches, habrá que ponerle una hora para llegar, cuando el hijo responsablemente va cumpliendo con los horarios que se le imponen en un principio, llegará el momento en que se le de la llave de la casa y que se le pida que avise una vez que llegue. Supo manejar su autonomía responsablemente y se ha ganado cierta libertad.

La responsabilidad se adquiere cuando se comienza permitiendo que los hijos hagan cosas y medir si saben responder de lo que hacen. Algunos

educadores, se cuestionan si –sobre todo las madres- deben estar ayudando en sus deberes escolares a los hijos. Vamos a darlo por bueno, entonces poco a poco, conforme se van dando cuenta que el hijo comienza a hacer bien las cosas, se les deberá ir dejando solos. Esto es, nuevamente, medir su responsabilidad para ampliarles su zona de autonomía y dejarlos en libertad.

Tarde o temprano los hijos deberán tomar el su propio vuelo, deberán tomar su propias decisiones y no quedará más remedio que confiar en que sabrán hacer un buen uso de su libertad para tener una vida digna. No nos quedará más remedio que confiar en que se les formó también en la virtud de la responsabilidad.

Entender y respetar los sentimientos de los otros

En lo que se conoce como la anatomía de los sentimientos, todos tienen su origen en lo que se llama objeto desencadenante; es ese estímulo que hace que mi cuerpo y mi mente reacciones y que se termine por hacer algo.

En la individualidad de los seres humanos, cabe señalar que los sentidos, son diferentes en cada persona, Hay personas que tienen mejor oído que otros, o vista más aguzada, u olfato más despierto, etc.

Los sentimientos que de alguna manera se despiertan por medio de los sentidos externos o internos –memoria e imaginación- tiene la particularidad que su incidencia es también individual. Vamos, que es muy difícil que se sienta lo mismo ante los mismos objetos desencadenantes.

La importancia de los sentimientos, que no el sentimentalismo, han vuelto a retomar la importancia debida, gracias a la popularidad del libro “La inteligencia emocional” de Daniel Goleman, que la define como: *la capacidad de reconocer nuestros propios sentimientos y los ajenos, de motivarnos y de manejar bien las emociones en nosotros mismos y en nuestras relaciones.* Siendo reiterativos Es una aptitud que permite reconocer lo que se siente y descubrir lo que sienten los otros.

Suena fácil, pero en la práctica no lo es tanto. A la pregunta normal ¿Cómo te sientes? la respuesta reiterativa es *bien*, sin embargo, esta respuesta no da luces a ningún sentimiento en particular. Responder: temeroso, ansioso, desesperado, alegre, inquieto, son respuestas que si están realmente correlacionadas con la pregunta. Es difícil, para uno mismo descubrir el sentimiento que predomina en determinado momento. Reconocerlos es parte del auto conocimiento. ¡Descubrir lo que sienten los demás sí que es aún más difícil!

Una pareja va en el auto y ella comenta: estoy triste porque nunca me has regalado un ramo de rosas como el que le llevaste a tu madre. Surgen tres posibles respuestas que nos ayudarán a ver más claro este asunto de los sentimientos: El contesta, ¡no puedes sentirte triste por ese

tipo de tonterías!, aquí se niega el sentimiento de la otra persona. El contesta: pues ya está ¡vamos a la florería y te compro uno igual!, aquí se reconoce el sentimiento y se da respuesta práctica. Tercera: el contesta: ¡mil perdones! me imagino como te sientes pero si quieres lo platicamos un poco y vemos que se puede hacer. Aquí se reconoce el sentimiento, hay empatía y disposición para resolverlo.

En ocasiones en la convivencia con la familia y a causa de la individualidad de cada uno, los sentimientos se presentan de una manera muy heterogénea. Es muy difícil conseguir la empatía al cien por ciento, pero se puede comprender y respetar lo que sienten los demás independientemente de lo que siente uno mismo. Hay personas más emotivas, más primarias que otras y eso hace la gama de sentimientos de una familia.

No se requiere sentir al unísono, pero cuando alguien hace patente un sentimiento, hay que entenderlo hay que profundizarlo, pero nunca ridiculizarlo.

Adormecimiento y naturalidad ante conductas que no entendemos o ante una cultura que nos supera

La innovación tecnológica y comunicativa está en una especie de despegue que supera todas las ansias de actualización. Las computadoras, el internet, la telefonía celular, el desciframiento del genoma humano, los juegos interactivos, la agenda electrónica, etc. Tienen un desarrollo impresionante.

Son realidades que a algunos padres de determinada edad los superan y que cuando salen las conversaciones con los hijos, se hace patente una brecha cultural cada vez más grande ante a la que, en ocasiones, solo queda alzar los hombros con cierta resignación.

Todo esto forma parte de la cultura actual, del entorno en el que viven los hijos, y por eso no se puede ser indiferente, ¡hay que enterarse de lo que es todo esto!

No se puede perder la capacidad de asombro y con esto cierta curiosidad natural e insistente que debe haber para conocer donde se mueven los hijos. Hay que erradicar el “en nuestros tiempos” tan usual a cierta edad, recordar que estos también son nuestros tiempos y que no se debe hacer tan grande la brecha de generaciones.

Hay que saber el manejo del internet, saber manejar el historial, para ver que se está metiendo en casa. Tener la computadora en algún lugar visible, accesible donde se pueda ver lo que está en la pantalla. Hacerse de un correo electrónico y que vean a los padres sentados de vez en cuando. Dar consejos a los pequeños para que no den ningún tipo de información personal. Hacerse de un programa que restrinja ciertos sitios. Poner reglas para su uso etc.

Los videojuegos tienen cada vez más realismo y subconscientemente dejan mucho. En cierta ocasión me tocó oír un diálogo como el que sigue: “Solamente maté a 35 ¿y tú?. De acuerdo, este tipo de tecnología, hace desaparecer a los hijos por un rato y se consigue cierta paz en el hogar, pero ¿a costa de qué?.

No hay manera de sustraerse a la evolución tecnológica, pero los padres no deben de ser tan ingenuos de permitir cualquier tontería en casa por no entender de lo que se trata.

Tampoco se trata de impedir que los hijos vivan lo que les es propio, pero la disciplina y las restricciones solo podrán, y deberán aparecer, cuando como los padres sepan qué es objetivamente lo que están restringiendo.

No se trata de tirar la televisión o de impedir el internet, o los teléfonos móviles o cualquier novedad que surja, siendo reiterativos, es una invitación a actualizarse a saber que es cada cosa y de administrar su uso.

Para terminar, este apartado, recordemos aquella tira cómica, en la que Mafalda –personaje de Quino- le pregunta a su papá algo sobre “sus tiempos” y el padre contesta de inmediato. El irónico personaje le dice: “ya estás ñac” señalando con el pulgar hacia abajo. Y termina diciendo, “esperaba que dijeras que éstos también son tus tiempos.”

Descuidar la infiltración de “modelos” ajenos a nuestro proyecto común

La peor pesadilla para unos padres sensatos es imaginarse a sus hijos dentro del montón. Es muy natural, y debe estar dentro del proyecto común, el desear que los hijos sobresalgan.

El “aprender por modelaje” es una forma de aprendizaje que no se nos debe olvidar. Los hijos, porque van descubriendo la vida, ven por comparación la forma en la que la viven los demás.

Por cercanía, los padres deberían ser el primer y más importante modelo que deben ver los hijos. Un modelo apetecible. Un modelo alegre, hay que recordar, que la verdadera virtud lo es.

No obstante, hay una serie de modelos que circundan a los hijos de manera natural: familiares, amigos, cantantes, actores, personajes históricos, famosos, etc. De una manera natural se van filtrando en casa costumbres y actitudes que pueden echar a perder el proyecto educativo de los padres.

Por ejemplo, debe haber una casa de puertas abiertas para los amigos de los hijos, convivir, buscar charlar informalmente con ellos, preguntar y de preferencia conocer a sus familias. Ver que tipo de aficiones fomentan. Conocer a los amigos, nos lleva a retroalimentar la conducta de nuestros hijos. Aunque parezca anticuado el viejo refrán “una manzana podrida echa a perder a los demás” sigue teniendo vigencia por aquello de la imitación

¿Quiénes son los artistas favoritos de tus hijos e hijas? ¿Quiénes los cantantes? ¿Qué tipo de letras de canciones se infiltran en casa? ¿A quienes tratan de imitar?

Hay, por ejemplo, una serie de caricaturas de una familia americana, donde el padre es medio tonto, la madre excesivamente frívola y el respeto a los padres brilla por su ausencia: los Simpson. Aparentemente inofensivos y altamente divertidos. Se te invita, estimado lector que veas en plan crítico un capítulo de esta serie y compares algunas

actitudes de tus hijos con las de Bart el héroe.

¿Qué se exagera? Cuando hay un proyecto educativo se debe estar muy pendiente de los modelos que puedan imitar los hijos.

Quizá lo más difícil es preguntarse si uno mismo es un modelo apetecible para los hijos. Es comprometedor. Es exigente, pero de cualquier manera los padres son los más cercanos a los hijos. ¿De que se está siendo modelo para ellos?

Cuando se habla de liderazgo, se sabe que los verdaderos líderes, siempre han tenido a alguien como modelo, a lo mejor vale la pena dejar a la vista alguna biografía amena de algún personaje que haya trascendido para que se despierte la curiosidad de tus hijos. O hacer comentarios sobre la vida de personas y del legado que han dejado.

Todo esto es preferible a que traten de imitar a personajes muy ajenos a tu proyecto de familia..

No formar un espíritu crítico objetivo en los hijos

La objetividad, como aprecio adecuado de la realidad, parece una cualidad fuera de sitio. El relativismo –cada quien tiene su realidad- ha llegado a formar parte de una de las características de los tiempos que estamos viviendo. Cada quien se queda con sus apreciaciones sin importar el que se acerquen o alejen de la realidad.

Que las cosas son como son, no como nos gustaría que fueran, es un principio que tiende a olvidarse.

Formar el espíritu crítico objetivo en los hijos no es otra cosa que ayudarles a encontrar la realidad de lo que leen, ven, escuchan.

Cierta ocasión me tocó oír el diálogo siguiente entre un padre y su hijo de dieciséis años que llegaba un poco tomado después de una fiesta. Decía el hijo “leí en una revista, que es normal que para reafirmar la personalidad los chicos de mi edad beban. El padre le contestó “puedes encontrar actualmente libros que justifiquen cualquier tipo de conducta, a mí lo que me interesa saber es qué es lo que piensas tú”. Siguió un diálogo interesante sobre el criterio, que se sale del ámbito que estamos analizando.

La casa es el lugar más adecuado para ir formando criterio objetivo. Cuando se permite hablar a los hijos, y surgen apreciaciones subjetivas, que son tan naturales, en lugar de pontificar sobre lo que están diciendo, es el momento del diálogo, de enseñarles a pensar con sentido común.

Comentar lo que leen los padres de una manera amena y decir su opinión sobre las lecturas ayuda a los hijos en la formación de la objetividad.

Enseñar que entre un hecho y una opinión hay una gran diferencia: en los hechos se aprecia la realidad tal cual y la opinión es lo que uno aprecia después de conocidos los primeros. El mirar noticieros o programas de televisión juntos, preguntar lo que opinan y dar criterio, ayuda en la formación de esta actitud.

La prisa con la que se vive, ha hecho que las sobremesas familiares hayan perdido actualidad. Son esos momentos en los que la familia participa contando las mil y una peripecias cotidianas y que les permiten a los padres conocer de forma espontánea lo que piensan sus hijos y los criterios con los que opinan. Son, estas tertulias, un medio de formación tanto para la convivencia como para el ayudar a que se forme la objetividad en la familia.

Las revistas “del corazón” son un tanto frívolas y subjetivas. Debe tenerse cuidado con las que compran los hijos. La lectura, que es un hábito que debe fomentarse más, debe servir para comentar quién y qué es lo que dice.

Por supuesto que se da por hecho que para este tipo de actividades debe de existir un diálogo abierto en el ámbito familiar.

Etiquetar resta la posibilidad de cambio

La personalidad es algo dinámico, no es estática, cambia cuando hay razones y motivación para hacerlo. Nos han repetido por todos sitios que el ser humano es perfectible, esto es que siempre se puede hacer algo para mejorar.

No hay personas hechas, hay personas en un continuo hacer. La subjetividad y la ligereza hace que en ocasiones se de por acabada una persona y se le pregunte ¿por qué eres así?. Es el comienzo del “etiquetar” adherirle una forma de ser a una persona sin pensar que pueda hacer cambios.

A los hijos hay que proyectarlos hacia el futuro, y en ocasiones parece que el lenguaje que utilizan los padres es hacia el pasado o presente. ¡Eres un mentiroso!, ¡Eres un desobligado!, ¡Eres un irresponsable, un haragán!. Son ejemplos de este tipo de lenguaje retroproyectivo, determinante.

Cuando se proyecta a la persona, el lenguaje cambia también: Podrías ser más sincero, cumplir mejor con tus obligaciones. Si lo intentas puedes mejorar en tu responsabilidad y diligencia. Se hace notar el error, pero se da paso a la mejora.

Se le atribuye a Víctor Frankl lo siguiente: “Si tratamos a la gente como es, la haremos peor. Si las tratamos como deberían ser, las convertiremos en lo que pueden ser”. Si, por ejemplo, se tiene un hijo al que le cuesta terminar sus tareas escolares, flaco favor se le haría si se le dejara de exigir. Se le exige todo lo que pueda dar, no se puede quedar en la contemplación y afirmación de sus actitudes poco adecuadas.

Sabemos que los hijos tienen un potencial que hay que ayudarlos a desarrollar. Sabemos que no hay edad para que este desarrollo se detenga. Sabemos que aún nosotros mismos como padres tenemos mucho que rectificar.

Seguramente alguien tuvo que intervenir en la formación de Albert Einstein, que la leyenda nos dice que era mal alumno en sus clases de matemáticas. Si se le hubiera dejado la etiqueta, que es tan fácil de poner, y se le hubiera tratado como lo que era, hubiéramos prescindido

de uno de los genios más grandes.

Conocemos la historia de aquella madre de cuatro hijas que cuando nació la tercera, a la primogénita le dio meningitis y le dijeron que sería una chica con capacidades diferentes. Esta madre, se cuestionó si debía tratarla como tal o tratarla como debería tratar a sus otras hijas y optó por lo segundo. La exigencia era igual, aunque la esperanza diferente. Ahora a los 30 años de edad esta chica, a pesar de sus limitaciones, se maneja de una forma independiente. “Si me hubiera quedado con la idea de un trato diferente, de etiquetarla, seguiría cuidándola como a una niña de tres años”, afirma la madre.

Si, como se afirmaba al principio de este capítulo, la personalidad no es estática sino dinámica, no cabe determinar a nadie porque cometa algún error. La capacidad de cambio existe en cualquier ser humano, a menos de que se de a sí mismo como *acabado*.

No distinguir la diferencia entre poder y autoridad

El simple hecho de ser padres de familia nos da poder sobre ellos. Podemos mandar, elegir por ellos hasta cierta edad, permitir o impedir alguna actividad, poner castigos, otorgar premios, determinar escuela etc.

La autoridad es otra cosa. Algunos autores se animan a definir la autoridad como el reconocimiento que un grupo le brinda a la persona que hace cabeza, por su prestigio, razón y sentimiento que pone a sus actividades.

Efectivamente un padre o madre de familia puede tener poder, pero ser carente de autoridad.

La autoridad, se gana, el poder normalmente se otorga.

La autoridad tiene mucho de exigencia y conseguirla incomoda. Se basa en la integridad de la persona, esto es, en la congruencia entre lo que se piensa, se dice y se hace. Esta congruencia genera credibilidad dentro de los grupos. Cuando la credibilidad es alta la confianza también lo es.

Se puede afirmar, sin temor a equivocarse que es la credibilidad y la confianza como los pilares de la autoridad. Los hijos deben creer en su padres, deben confiar en ellos.

Los hijos, por aquello del aprender por modelaje, deben ver a sus padres congruentes: si se promete algo, se cumple. Si para reforzar alguna conducta se anuncia premio y la conducta se da, se hará lo imposible para que el premio aparezca. Al igual con los castigos.

Si se niega algo, decir por qué se niega; cuando se ve que no es conveniente hacer algo, aclarar por que se hace. Que noten que no es un simple ejercicio de poder, sino que confien porque con la vida personal se les ha demostrado que se es digno de credibilidad.

Aquí el evangélico “que tu si, sea sí, que tu no sea no” debe hacerse

realidad. No con inflexibilidad, sino dentro de un diálogo formativo, abierto y sabiendo ceder cuando haya que hacerlo. El famoso “te lo digo porque soy tu madre o padre” llevan una alta carga de poder y muy poca razón de autoridad.

Habrán momentos en que exista rebeldía, entonces se debe recordar lo que hacían nuestros padres cuando nosotros actuábamos igual. Se darán razones, no “tus”razones, y habrá momentos que se les permitirá que se equivoquen, que también enseña.

Si se habla en la actualidad de falta de líderes, tiene mucho que ver con la falta de congruencia. Es más fácil engañar que ser sinceros. Es muy fácil pedir cosas que nosotros mismos no estamos dispuestos a hacer. Si queremos que nuestros hijos sobresalgan habrá que mostrarles con los hechos que somos íntegros.

Quizá valga recordar que la integridad es una victoria y no un don.

Pensar que ya es tarde

Es importante destacar que no se tiene una familia, se hace una familia. La familia también es dinámica como lo es el individuo. No cabe el pesimismo de que ya no queda nada por hacer.

Aún, ante la emancipación de los hijos, cabe el buen consejo y cabe también el recuerdo del hogar y la manera en que se vivían las virtudes humanas.

La pareja, que es la que nutre el hogar, debe ser la primera optimista de que las costumbres indeseadas que inadvertidamente se hayan metido, son posibles de cambiar. De que la individualidad de cada uno en la pareja es, como ya se afirmó perfectible.

Es importante que se les vea luchar contra sus defectos, que sepan pedir disculpas, inclusive frente a toda la familia. de ser necesario, de que vean a toda edad en sus padres ganas de hacer los cambios que sean pertinentes.

Sabemos que la lucha termina con el último suspiro. Hacer familia es algo para toda la vida, es una dulce obligación que nos lleva a trascender.

Las desviaciones del camino están por todos sitios, lo sabemos. Pero cuando efectivamente existe ese proyecto en común y el compromiso para llevarlo a cabo, se sabe retomar el camino. Solo cuando se vive a la deriva, el camino correcto pierde su importancia.

Se vale cansarse, porque somos humanos, pero el amor que entreteje esta saga, hace que se retomen energías y con la ayuda de Dios, con el nombre que le des, el cansancio se convierte en gozo, cuando vayas contemplando que mereció la pena el esfuerzo al ver a tus hijos fuera del adormecimiento del montón.

Cierta ocasión en un libro pude ver una anotación al margen que decía:

“Cuando nuestros hijos crezcan, no tendrán presente el tamaño de la casa en la que vivían... o el coche que conducían sus padres, pero si recordarán los ejemplos con los que crecieron y la forma de luchar de sus padres, una y otra vez por hacer un hogar.

Índice

Introducción.....	7
Olvidarse que el Matrimonio es un proyecto en común.....	9
Acostumbrarse a ver el divorcio como opción.....	13
Pensar que “tener” es el principal objetivo.....	17
Permitir que se comience a dar la Indiferencia personal y olvidarse de la ayuda mutua.....	19
No entender que para que haya un “nosotros” existe un “tu” y “yo”.....	21
Pensar que la maduración de un matrimonio se da por automático.....	23
El uso de vocabulario intolerante.....	25
Evitar los desacuerdos enfrente de los hijos.....	27
Adelgazamiento de la línea que distingue lo bueno de lo malo.....	29
Falta de identificación objetiva de una finalidad para la familia... contando con la libertad de sus miembros.....	31
Miedo a poner reglas y a la disciplina.....	33
Carpe diem!.....	35
Respetar la libertad de los hijos.....	37
Entender y respetar los sentimientos de los otros.....	39
Adormecimiento y naturalidad ante conductas que no entendemos o ante una cultura que nos supera.....	41
Descuidar la infiltración de “modelos” ajenos a nuestro proyecto común.....	43
No formar un espíritu crítico <u>objetivo</u> en los hijos.....	45
Etiquetar resta la posibilidad de cambio.....	47
No distinguir la diferencia entre poder y autoridad	49
Pensar que ya es tarde.....	51

Impreso en Sicap
Tijuana, Baja California. Abril del 2004
Nogales 88-C Fracc. Chapultepec Tijuana, B.C.
Tél. 686 15 20 Email: info@sicap-instituto.com